

haciéndose dignos de conseguirlas. Lo que digo de este apetito, debe entenderse igualmente del de la alabanza, y la gloria, como tambien del apetito de la hacienda, los quales no deben reprobarse en sí mismos, aunque parezca que alguno, ó algunos griten, y declamen contra ellos. Los Santos, y los sabios condenan solamente los excesos de estos apetitos, y los malos medios para satisfacerlos. A estos poderosos muelles, y naturales inclinaciones, debemos las ciencias, las bellas artes, los sabios Ministros, los diestros, y esforzados Capitanes, los industriosos mercaderes, y otras muchas gerarquías de hombres, que gobiernan, defienden, ilustran, y enriquecen las Repúblicas. ¿Por que, pues, se ha de hablar tan mal de estos apetitos, sin los quales no sabemos qué seria la sociedad de los hombres? Todo nuestro mal consiste en no refrenar apetitos semejantes, y en que el hombre se dexa transportar de ellos, de tal manera, que se olvida aun hasta del mismo Dios, y no pudiendo lograr el verlos satisfechos, y apagados, padece grandes afanes, y crueles tormentos. Mas porque de los apetitos brotan, y nacen las pasiones del hombre, que no son otra cosa que movimientos de su alma, producidos del impulso de este, y del otro apetito, por tanto pasamos á insinuar brevemente lo que queremos significar con este nombre.

CAPÍTULO XX.

De las pasiones del hombre.

§. I.

QUanto habemos dicho hasta aquí en orden á los principales apetitos del hombre, y especialmente de aquellos que le impelen á querer el bien, y á huir el mal, apetitos tan constantes, é intrínsecos á la naturaleza del hombre, que no podria subsistir sin ellos; todo esto digo, nos abre el camino para descubrir, y conocer

cer

cer el origen de nuestras pasiones, que provienen de estos mismos apetitos, materia finalmente muy importante, así para el conocimiento de nosotros mismos, como para la direccion de nuestras acciones morales. Luego que á nuestra alma se presenta, ó por medio de los sentidos, ó por el de la fantasía la imagen, ó idea de algun objeto, que el entendimiento juzga capaz de producir en nosotros algun placer, y contento, al punto se forma dentro de nosotros un movimiento por lo comun deleytable, alegre, y grato, por lo que al instante la voluntad, excitada, é impelida de alguno de sus apetitos, camina ácia aquel deleytable objeto, que le representa la potencia intelectual, como cosa deseable, y gustosa. Si por el contrario se presenta á nuestra alma por medio de la reflexión, ó de la sensacion un objeto con apariencia de mal que nos venga á acometer, ved aquí que al punto sentimos dentro de nosotros un movimiento todo contrario para evitarlo, y huirlo, armándose nuestra alma, por explicarme así, de la reflexión, y consideracion, á fin de echar fuera, y alejar este enemigo, que intenta privarla de su quietud, y reposo. Estos movimientos, entre los quales camina el ánimo del hombre, si no de continuo, á lo menos frecuentemente, los llamamos, segun la costumbre, afectos, y pasiones del hombre. Afectos, dixe, no para significar amores (en cuyo sentido se toma frecuentemente este nombre de afecto), sino para dar á entender la disposicion, y agitacion en que se halla entonces nuestra alma, ó ácia aquel objeto que se le representa, ó bien contra él, procurando huirlo, y evitarlo. Llamámoslas tambien *Pasiones*, porque el alma padece entonces; esto es, recibe algun impulso de aquel objeto que se le representa, y que la mueve, ó al placer, ó al dolor. Tambien se llamaron estos movimientos perturbaciones del ánimo, porque comunmente lo agitan, turbando, no solamente su paz, y quietud, mas tambien (y esto es peor, confundiendo muchas veces la razon, y el juicio

mis-

mismo, aun al hombre mas atento), y haciéndole que prorrumpe en acciones ridículas, é indecentes, indignas de su noble ser, y condicion. Pero no pudiendo decirse absolutamente, que toda pasion perturbe el ánimo del hombre, por tanto, parece que este nombre de pasion es algo escaso, y no explica totalmente la idea que nosotros tenemos de los afectos humanos. Acaso el nombre mas adecuado es el de conmociones del ánimo, y tambien el de afectos. Pero yo no haré escrúpulo de usar de los otros nombres, que significan en suma una misma cosa.

§. II.

Ahora bien: cada uno puede ser buen testigo de sí propio, y de que prueba, y experimenta de quando en quando en lo interior de su ánimo estas conmociones, ó movimientos, unas veces desagradables, y mal vistos, y otras deleytables, y bien recibidos; unas veces mas breves, otras de mas larga duracion, en algunas ocasiones conocemos que nos dan placer, ó pena, y esto mismo no conocemos en otras, siendo algunas veces tan gallardos, y vigorosos, que ponen en grande agitacion toda nuestra alma, y otras tan ligeros que apenas los sentimos. ¿Y qué digo yo del alma sola? Luego que se levanta un gran movimiento en el palacio donde reside nuestra alma, se mueve naturalmente tambien en el cuerpo la misma agitacion, quando la voluntad, como señora absoluta no cierra el paso con discrecion, y prudencia; de manera, que el tumulto interior, ó sea gustoso, ó desagradable, se descubre por defuera sensiblemente, comunicando la fantasía por medio de los espíritus, que como correos envia al corazon, á los ojos, al rostro, y á los demas miembros del cuerpo, todo aquel estado secreto en que se halla el ánimo. Leemos con gran facilidad en los ojos de los enamorados, quando se miran atentamente uno á otro, su mutuo afecto, y á veces confiesan, y parlan aquellos ojos mas de lo que quisiera el alma que se supiese en aquel caso. Del mismo modo obra
el

el temor, el gozo, la melancolía, y otras pasiones semejantes. Es propio tambien de estos movimientos el agitar, y conmover la sangre de modo que corra ácia el corazon apresuradamente, como para socorrer aquella primera, y principal entraña de la vida, abandonando el rostro en alguna manera, y dexándolo como amortecido; así sucede en un temor grande. Otras veces por causa de un afecto distinto se transporta, y pasa impetuosamente la sangre desde el corazon á la circunferencia del cuerpo, y principalmente al rostro, juntándose allí, como que el alma se asoma, y quiere salir fuera para contener, y rebatir algun mal enemigo que viene á darle un asalto. Así sucede en los impulsos de la cólera, y sofocaciones de la vergüenza, la qual es una especie de cólera, y enojo contra nosotros mismos, y contra otros. No me detendré aquí á contar, ni menos á delinear una por una todas las pasiones humanas, su naturaleza, y los varios efectos que causan, porque de todo esto encontrará el lector varios, y vivos retratos en los libros de los Filósofos antiguos, y modernos; y de estos sobre todo, en la Obra tan acreditada *de las propiedades, y caracteres de las pasiones*, escrita por el Señor de la Chambre.

§. III.

POR ahora me bastará decir, que por una parte no tenemos acaso tantos nombres; quantas son las pasiones, ó todas las conmociones del ánimo humano: por la otra debo advertir, que á las veces significamos con varios nombres una sola de estas agitaciones, ó pasiones, y multiplicamos en vano estas mismas pasiones, ó afectos, siendo cierto, que algunos de estos mas bien pueden colocarse en el catálogo de los apetitos, que en el de las pasiones de que ahora hablamos. Entre estas, las mas principales, y primarias, se cree que sean el placer, y el dolor, de las quales son como ramos el amor, el deseo, el odio, la aversion, la esperanza, la confianza, el atrevimiento, la cólera, la tristeza, la alegría, la
en-

envidia, la emulacion, la indignacion, la misericordia, los zelos, la vergüenza, el temor, el pasmo, ó admiracion, el arrepentimiento, la baxeza de espíritu, y otras muchas que se hallan en los libros, y en el trato familiar, y cotidiano de unos hombres con otros, algunas de las quales no son otra cosa que el mayor, ó menor defecto, ó exceso de una pasion maestra, y por tanto son siempre viciosas. De muchas de estas no se sabrá dar una justa, y precisa razon, por la qual se distingan entre sí, como el odio, el aborrecimiento, y la aversion, y tambien el temor, y el miedo, la tristeza, y la melancolía, y otras semejantes; porque todo idioma suele usar, y valerse de muchos nombres, ó sinónimos para significar una misma cosa, ó pasion, y afecto. Por exemplo el gusto, la alegría, el gozo, y otros semejantes nombres, no parece que nos dan por sí mismos ideas de movimientos diversos, y solamente alguna vez significan el mas, ó el menos de una misma cosa. Por esto, aunque la palabra *deseo* se use, y pueda usarse para significar un acto de la voluntad diverso del *querer*, con todo eso me he servido libremente, y repetidas veces de aquel nombre para significar el mismo acto del *querer*, siendo cierto que el *deseo* se distingue de la *voluntad* en quanto aquel expresa el acto, y este otro la potencia; pero considerando á los dos como actos de la voluntad, no hay tanta diversidad entre el desear, y el querer, que no pueda tomarse uno por otro, antes bien comunmente decimos para significar una misma cosa: *yo deseo, y yo querria*. El sutilísimo Ingles Loke en su Tratado del *entendimiento humano*, para darnos á entender la diversidad de estos dos términos, ó nociones, trae el exemplo de uno que no puede menos de hablar por un amigo á una otra persona, á fin de que suceda una cosa, que él al mismo tiempo desea que no suceda. De donde infiere que el deseo, y la voluntad se distinguen; pero yo no me atreveré á calificar esta conseqüencia de seria, y legítima; porque

es-

este, de quien habla en el exemplo no es cosa de que desee, y no desee al tiempo mismo un mismo objeto, porque se seguiria un contradictorio evidente, lo qual es imposible; pero él quiere, ó desea servir al amigo hablando, y quiere, ó desea al mismo tiempo, que no se siga, ó suceda aquella cosa de que él habla. Estos son dos actos de voluntad diversos entre sí, que igualmente pueden llamarse deseos, ó voliciones, porque miran á diversos objetos, ó fines; fuera de que en nuestro entendimiento pueden hallarse dos opuestas razones para querer, y desear, y no querer, ni desear un mismo objeto; pero eligiendo uno de los dos partidos, este deseo prevalece contra el otro, y determina nuestra voluntad á ponerlo en execucion. Así el que se halla en peligro de naufragio, quisiera, y no quisiera arrojar al mar sus mercaderías; pero en fin uno de estos movimientos, ó deseos de su ánimo prevalece contra el otro, y á proporcion del mayor, ó menor impulso, y peso de las razones, elige, y determina el echar, ó no echar al mar su hacienda. Vuelvo á repetir, que no se puede hacer exáctamente el catálogo de todas las conmociones de nuestra alma, porque son muchas, y muy delicadas. Es cierto que luego que decimos tedio, desgana, rencor, rabia, consolacion, alegría, y otras cosas, intentamos significar alguna modificacion, ó conmocion de nuestro ánimo; pero no por esto deben multiplicarse las pasiones, como se multiplican los nombres: solamente pido licencia de poder añadir á las pasiones ya insinuadas, y poner en su catálogo la *estimacion, y aprecio de nosotros mismos*, la qual así como es permitido á qualquiera el contarla entre los apetitos, séame lícito el llamarla una pasion, que está colocada entre la objecion, que es su defecto, y la soberbia, altivez, y orgullo, que son sus excesos.

§. IV.

Lo mas importante, que debemos tener presente en

Tom. I.

S

or-

orden á las pasiones, viene á ser que estas pueden facilmente cegar nuestro entendimiento, perturbándolo, pueden oprimir la razon, pervertir, y corromper el juicio, y llevarnos de esta manera á que hagamos mil acciones desordenadas. Suelen tambien estos muelles ocultos conmover nuestra imaginacion, para que tenga no solamente por posible, y asequible, mas tambien por muy facil quanto desea, y quiere. Y pueden, quando son impetuosas las pasiones, atropellar, y obrar con tal fuerza contra, y sobre la razon misma, que no nos den tiempo para consultarla, haciendo que obremos entonces atolondradamente; y aun quando nos den tiempo para consultar la razon, causan tal inquietud, y desasosiego, que por librarnos de tan molesto frenesí corremos á satisfacerlas, repugnándolo la razon misma. Suelen encubrirnos nuestros propios defectos, y enseñarnos tambien á ocultarlos. Por causa de estas pasiones nos inclinamos á juzgar en nuestro favor, si no siempre, las mas veces por lo comun. Son tan astutas, que no nos dexan ver los objetos, sino es por aquel lado, que, ó los amamos, ó los aborrecemos, escondiendo de nuestros ojos qualquiera otra fachada fea, ó hermosa. Poned una persona en quien el amor hácia otra de diverso sexô haya encendido un gran fuego, y hallaréis que el amante no encuentra en aquel objeto otra cosa que virtud, y gracia. Puede ser que los ojos de algun otro hallen en la misma persona visibles defectos; con todo no los hallará el que lo mira con los anteojos barnizados de la passion. Lo mismo que el amor hacen el odio, el temor, la ira, y otras conmociones internas; y será tanto mayor la ceguedad, quanto sea mas grande el ímpetu del afecto dominante: de esta manera, al interesado, y al ambicioso, todo les parece debido, y lícito; porque á nadie creen, ni otro consejero escuchan que á su passion propia; y pobres de nosotros, quando el falso zelo junto con el poder, y el odio llegan á señorearse del corazon de alguno; baxo de esta sombra cometerá mil ven-

venganzas: de la misma manera el interes, cubierto con el manto de la caridad, y piedad, puede hacer varias presas, sin que el interesado advierta que las hace contra caridad, y justicia. Lo peor de todo es, que la miserable vida del hombre está expuesta siempre á los asaltos de estos domésticos perturbadores asesinos. La juventud es mas expuesta, y agitada de unas pasiones, que de otras. Múdase la edad del hombre, y cesando aquellas pasiones primeras, entran otras á sustituirlas. Parecerá por ventura á alguno, que solamente en el siglo, ó en el gran mundo tienen su alojamiento estos vientos feroces, y estrepitosos, por causa de los objetos lisonjeros, ó fastidiosos que se encuentran en el gran mundo; pero con todo, aun tambien aquellos que huyen del siglo, y aun los que en el siglo mismo han renunciado de todo para vivir tranquilos, y quietos, y tener una vida christiana: estos, digo, ven que en su corazon, y contra su voluntad brotan estas pasiones mismas, y necesitan estar con ellas en continua batalla. Lo mas extraño es, que en alguno de estos puede hacer una vivísima impresion, y causarle turbacion, y desasosiego aquello mismo que acaso no la causaria á una persona del mundo. Una sola ojeada, una voz sola, ó el moverse en su fantasía las imágenes de aquello que vieron, ú oyeron en el siglo, ó tambien una pequeña contradiccion, ó palabra despreciativa, ú otros pequeños accidentes, bastan para levantar un gran tumulto, fieras melancolías, tentaciones vehementes, y molestas á los que dexaron el siglo, como si se hallasen en él de medio á medio. ¡O infelicidad del hombre, que tan difficilmente puede encontrar la quietud de su ánimo, la qual todo hombre sabio, y prudente va buscando sin cesar!

§. V.

Esta es la causa, por la qual los Estoicos, viendo tantos, tan vários, y perniciosos efectos, originados de las pasiones (porque es cosa clara que tantas accio-

nes humanas extravagantes, iniquas, ó ridículas, no provienen de la razón, sino de las pasiones) se enojaron, y enfurecieron de tal manera contra ellas, que juntándolas todas en un monton, las llamaron *conmociones del alma, contrarias á la razón, y á la naturaleza*, pretendiendo que cada una de ellas debiera arrancarse de raíz, y apartarlas del hombre. Pero no trabajaron mucho otros antiguos Filósofos, ni tampoco los modernos, para reconocer la insubsistencia, y falsedad de esta opinion, y pretension. Ciertó es que la lengua del hombre es un instrumento admirable de las humanas acciones: se la ha dado Dios para que un hombre pueda comunicar á otro sus pensamientos por medio de las palabras. Pero el que quisiese defender que la lengua humana, de la qual nacen tantas injurias, blasfemias, heregías, perjuros, mentiras, maldiciones, y otros errores, y excesos innumerables, bien observados, y referidos por el Apostol Santiago en su Epístola Canónica: el que defendiese, repito, que la lengua es una parte del cuerpo humano contraria á la razón, y á la naturaleza, al punto se levantarían contra él ignorantes, y doctos; porque bien conoce cada uno que la lengua por otra parte es instrumento para innumerables buenas acciones, y que no es ella, sino el que usa mal de este instrumento, la causa de los defectos mencionados. Lo mismo debe decirse de los ojos, de los pies, y de las manos, de que puede usar mal el hombre, y serle dañoso; con todo son miembros que Dios nos ha dado para nuestra ventaja, y nuestro bien. Basta, pues, que entendamos qué cosa son los humanos afectos, para conocer al punto, que estos, no menos que los miembros de nuestros cuerpos, son útiles, y necesarios para las acciones de nuestra alma. Ni debemos pararnos en el puro sonido de los nombres de las cosas, sino considerarlas en sí mismas. Podrá darse que algunos al oír que los movimientos de nuestro ánimo tienen el nombre de pasiones, y perturbaciones, crean al punto que son objetos solamente

no-

nocivos, y malos. No son otra cosa estos afectos, que *movimientos del alma para buir, ó echar fuera de sí todo aquello que nosotros aprehendemos como mal, y para conseguir, ó conservar lo que aprehendemos como bien*. De quando en quando es necesario que el alma se mueva con energía, si ella quiere hacer lo que le compete, y mover el cuerpo mismo á medida de la necesidad en que se halla. Figurémonos un hombre que jamas haya sabido que cosa es ni el dolor, ni el placer: que sea incapaz de amor, de esperanza, y odio: que ni tenga cólera, ni miedo; en una palabra, que se halle despojado de toda pasión, y afecto, poco se distinguiria de un tronco, porque le faltaria el movimiento tan necesario al alma para conservar el individuo, procurarse los bienes, y defenderse de los males. La estolidéz jamas ha sido virtud, sino un defecto miserable. Lo mas curioso en este caso es, que ni aun los Estoicos con todas sus declamaciones pudieron, ni puede alguno eximirse de estos movimientos; porque el alma por la union con el cuerpo no puede menos de causarlos, y por consecuencia los tenemos por un don de la naturaleza misma. Ni son malos en sí mismos estos movimientos; porque la experiencia nos enseña cada dia, que si los malos abusan de sus pasiones, haciéndolas servir á sus iniquidades, por el contrario los buenos se sirven de ellas para buenas obras. Los mismos Santos aman, esperan, aborrecen, y temen, y son santos, y buenos en ellos estos afectos, porque de ellos se sirven para agradar á Dios, y para procurarse una felicidad inmensa en el Reyno de la Gloria. Se nos ha dicho ya en la Sagrada Escritura: *irascimini, & nolite peccare: sol non occidat super iracundiam vestram*. Enojaos, pero sin pecar, no se ponga el sol sobre vuestra ira, y enojo. Hay enojos, y cóleras que son justos, y convienen al hombre virtuoso; pero estas iras son discretas, no transportan, ni sacan fuera de sí al sugeto, y solo sirven al bien, ó de algunos particulares, ó del público. Aunque las velas, y los vien-

tos sean causa de que perezcan muchas veces los navíos; no por eso su institucion, y uso deben decirse hechas á propósito para el naufragio, antes bien se instituyeron las velas para que les sirviesen, y sirvan como de alas, y para ayudarles en los viages dilatados, á fin de que lleguen á puerto seguro: y á la verdad ¿qué harian sin estas velas, y de qué servirian aquellas grandes, y portátiles casas que bruman al mar su espalda? Con mucha mas razon podemos decir esto mismo hablando de las pasiones; porque no siempre está en la mano del Piloto, aun quando sea cuidadoso, y experto, el librarse del naufragio; pero en mano del hombre está el prevaleerse de la razon (Piloto que le ha dado Dios, y celestial auxilio, que á ninguno falta), y el hacer que las pasiones, ó no nazcan en su terreno, ó que despues de nacidas no lo arrastren el precipicio. De otra manera pudiera decirse tambien que la naturaleza del hombre es en sí misma un mal; porque son muchos los hombres que con esta naturaleza hacen muchos males, siendo con todo ciertísimo, que aun en el estado presente en que se halla el hombre, aunque muy diverso del de nuestro primer padre, somos una nobilísima hechura de las divinas manos. Basta acordarnos que Dios nos ha dado la razon; esto es, aquel freno noble, y dulce con que tengamos á raya, y contengamos nuestras pasiones, haciéndolas servir de instrumento á nuestra felicidad, á la virtud, y no al vicio. Por tanto la conclusion de los mejores Filósofos que hablan sobre este punto, y de qualquiera que entiende este argumento, viene á ser esta: "Que no se deben quitar del hombre las pasiones (y aun quando se intentase quitarlas todas, seria imposible), y ser solamente oficio, y obligacion del hombre el moderarlas, y contenerlas, porque no son viciosas en sí mismas, y solamente puede ser vicioso el exceso, y el defecto." Exceptúase de esta regla la sola pasion de la envidia, por ser de tan maligna naturaleza que jamas puede ayudar al hombre, y solo sirve de atormentarle.

§. VI.

Para que entendamos ahora mejor el origen de nuestros afectos, y declarar de algun modo la definicion que poco ha dexamos establecida, diré brevemente, que de tantos objetos como pueden presentarse á nuestra alma, ó por medio de los sentidos, ó de la reflexion, algunos son poderosos, y á propósito para conmoverta, y otros no. Cada dia se presentan á nuestros ojos tantos objetos de personas, de cuerpos animados, ó inanimados: oimos muchos discursos en orden á varias cosas; y frecuentemente echamos á paseo nuestra fantasía á recorrer innumerables sucesos, ó presentes, ó pasados. ¿De dónde, pues, proviene, que algunos de estos objetos apenas aprehendidos, ó recordados despiertan en nosotros, ya una pasion, ya otra, y otros muchos no despiertan alguna? Entonces, pues, debemos decir, que el alma se mueve despues de la aprehension, ó memoria de los objetos, y que nuestro amor propio descubre alguna relacion entre ellos, y nuestros apetitos; esto es, que aquellos nos pueden ser provechosos, ó dañosos, y contener en sí algun bien, ó algun mal, y aun la sola semejanza de uno, ú otro, por lo que mira á nosotros mismos. Quando, pues, no aparezca esta relacion á nuestro bien, ó provecho, ó á nuestro mal, ó perjuicio, entonces nuestra alma aprehende, y se acuerda de las personas, y de qualquiera otra cosa; pero no prorrumpe en movimiento alguno, sino es acaso en el de la admiracion al ver cosas extraordinarias, y magestuosas, ó de un artificio, y hermosura extraña. Llevamos ya dicho, y es necesario tenerlo presente, que nosotros en todo, y por todo nos buscamos á nosotros mismos; y nuestra alma no da un paso, para explicarme así, que no la mueva, y empuje el interes del propio amor. Por tanto, luego que descubrimos que los objetos traen la librea del bien, ú del mal, respecto á nosotros, al punto se mueve nuestra alma para abrazarlos, ó para huir-

los, siendo pequeños sus movimientos, si es pequeño el bien, ó el mal; grandes si es grande, y estamos mas, ó menos ansiosos para conseguirlo á proporcion de la proximidad, ó distancia con que se nos representa. Tambien lo hermoso, y lo feo, lo verdadero, y lo falso son poderosos para poner nuestra alma en movimiento, excitando en ella placer, ó disgusto: sucede esto porque lo hermoso, y lo verdadero se presentan á nuestro entendimiento baxo la forma de un bien, y de una cosa á nosotros deleytable, y provechosa; al contrario, lo feo, y lo falso se nos representa baxo la forma de un mal, ó de una cosa que nos es perjudicial, y molesta. Tambien lo nuevo, ó la novedad tiene fuerza para movernos al amor, y á la admiracion, y aun acaso á otros afectos; porque tambien lo nuevo trae consigo la divisa del bien, y del mal, de lo hermoso, ó de lo feo, y puede tambien hacer que nuestra alma se resienta en el agradable paso de la ignorancia á la ciencia; esto es, al aprehender una cosa util, y gustosa, ó á lo desagradable; esto es, al aprehender una cosa molesta. Dexamos ya dicho que naturalmente apetece, y amamos la alabanza, y aborrecemos el vituperio. Por tanto se excita en nosotros la indignacion, el odio, y un movimiento vindicativo contra quien habla mal de nosotros, contra quien nos desprecia, ó desprecia las cosas nuestras. Al contrario, se despierta el amor, la delectacion, y el placer hácia qualquiera persona que mucho nos estima, ó habla bien de nosotros, de nuestra habilidad, de nuestras acciones, de nuestro ingenio, &c. El mismo movimiento deleytable sentiremos, y probaremos en nosotros mismos, quando consideremos aquellas cosas, por las cuales nos figuramos poder conseguir alabanza, y estimacion. Así el Literato ama, y estima sus producciones, otros sus palacios, caballos, y jardines, otros la nobleza de su casa, y sus ascendientes; y por esto las mugeres estiman tanto sus vestidos pomposos, sus preciosas piedras, y su tocador bien provisto, en el qual

con

con tanta paciencia (¡ojalá fuera virtud meritoria, y paciencia santa!) estudian las gracias, y consiguen el buen color, y el prenderse, y vestirse bien, estando mas contentas, quando idólatras de sí mismas, les parece encontrar en el espejo un seguro testimonio de su belleza, y garbo. Varios son los motivos por que los padres ordinariamente quieren tanto á sus pequeños hijos. Concurrer á esto muchas veces el apetito, y la esperanza de que los alaben quando son ellos lindos, y graciosos. Y seria necesario poder entrar en el corazon de algunas madres, quando estan tan gozosas, y se glorían de tener hijas lindas, y agudas: al mirarlas tan bellas (dicen las madres dentro de su corazon), *no puede menos de dar el público grandes alabanzas á quien supo formar tan bellas hijas.* Juzgarán tambien probablemente, que el original no es inferior en belleza, quando es tan linda la copia. Así poco mas, ó menos sucede en los demas apetitos. Estos despiertan ahora una, despues otra pasion, y á las veces las encienden, y disponen de tal manera en la fantasía, que la razon suele quedar ofuscada, y el juicio casi atolondrado, y perdido.

§. VII.

Demos ahora el caso que algun objeto sea reconocido como un bien de nuestra alma, y que nuestro entendimiento juzgue que es posible el lograrlo: veis aquí que nuestra alma se mueve al punto, y en cierto modo hácia aquel objeto. Este movimiento, y afecto lo llamamos deseo. Si ademas de esto nos parece probable, ó facil el conseguir este mismo bien, se junta á nuestra alma otra modificacion, que llamamos esperanza; y si llegamos á poseer este deseado objeto, y aun quando no le poseamos actualmente, si la fantasía nos le representa como poseido, y nuestra alma de quando en quando, ó repetidas veces se va deleytando en un tal objeto, como un bien que ya posee, ó facilmente puede poseer: entonces este movimiento acostumbramos lla-

marle amor. Al contrario, quando aprehendemos algun objeto desagradable, y disgustoso, porque ó sentimos, ó conocemos que nos es dañoso, ó imaginamos que puede serlo, y de consiguiente puede privarnos, ó disminuir nuestra felicidad presente, ó futura; tambien se mueve nuestra alma, y á este movimiento solemos llamar *aborrecimiento, aversion, horror*, y al objeto que lo causa lo llamamos mal, ó causa del mal, no siendo otra cosa en substancia que una aptitud, ó disposicion para privarnos de algun bien, ó poseido, ó deseado. Luego que este objeto á quien llamamos mal se aprehende como próximo á molestarnos, viene otro movimiento, ú otra modificacion, y afeccion en nuestra alma, que se distingue con el nombre de temor, miedo, pismo. Sucediendo, pues, que nuestra alma vaya considerando con disgusto este mismo objeto, que ó ya nos daña, ó quando no dañe actualmente nos lo representa la imaginacion, como capaz de dañarnos: entonces este movimiento interno, ó modificacion del alma, á distincion de los otros lo llamamos *odio*: discurriendo así de las otras pasiones, se reconocerá por principio de todas ellas alguna aprehension del mal, ó del bien respecto de nosotros mismos, y se hallará que la una nace de la otra, y que muchas, aunque diversas entre sí, saben unirse en una alma misma, levantándose en ella aquel tumultuoso, y vario movimiento que causan en el mar, los vientos contrarios, quando soplan sobre aquel fluido elemento. Pero lo que debemos observar principalmente es, que el maravilloso artífice de la naturaleza humana ha formado nuestra alma de tal manera, que ella recibe estos diferentes impulsos, y movimientos para que moviendo despues ella sus potencias, y el mismo cuerpo donde habita, se ingenie para conseguir, y conservar el bien, huyendo al mismo tiempo, y sacudiendo de sí el mal; y á la verdad, ¿qué otra cosa es la cólera, la ira, é indignacion, sino una conmocion del alma contra todo aquello que se teme, ó se cree que nos puede cau-

sar

sar mal, y disgusto (ó digamos lo mismo), de quien nos ha privado, ó quiere privarnos de algun bien que buscamos, ó de que estamos en posesion? He dicho *conmocion*, junta con el deseo de castigar, ó de ver castigado al que nos hace este daño, y causa este disgusto. Si acaso preguntases ¿por qué nos encolerizamos contra un ladron, un asesino, ó salteador de caminos, que á nosotros no nos ha hecho algun daño? Respondo que esto sucede porque tememos que él pueda hacernos el mismo daño que hizo á los otros; y aun quando él, ó haya muerto, ó esté lejos, ó encarcelado, y por tanto no se halla en estado de hacernos mal; con todo eso, nos causa horror el imaginar esta raza de gente tan pernicioso al comercio humano, y consiguientemente á nosotros. Igualmente, si el maestro se enoja contra aquel discípulo que voluntariamente aprovecha poco, es porque el que tiene este oficio de enseñar, busca alabanza, y tiene gusto en hacerlo bien, y sacar buenos discípulos, ó para satisfacer las ansias, y deseos de los padres, que les han encargado su enseñanza, ó últimamente porque así se lo dicta su conciencia, y aquel discípulo con su malicia, y desatencion impide al maestro este placer, que es uno de los bienes que desea para sí. Sería interminable si quisiese contar una á una, y explicar todas las pasiones del hombre, entre las cuales algunas se manifiestan mas comunes, y poderosas en los jóvenes, que en los viejos, y otras al contrario. Hay algunos que despues que sus pasiones han perdido todo el vigor, é ímpetu, á fuerza de varios desengaños, aprenden á vivir á lo menos en su vejez. Pero otros no lo aprenden jamas, y se hallan peores en su vejez, que en su juventud, y especialmente si la avaricia es su pasion dominante: y si alguna vez el hombre no halla en sí ciertas pasiones, no por esto se crea libre. Duermen estas, ó parecen muchas veces dormidas, porque no ha llegado la ocasion de sacar la cabeza. Acaso la imposibilidad de satisfacerlas será la causa de que no las sienta todavía. Se observa fa-

cil-

cilmente, que los grandes ingenios, y hombres grandes tienen mas violentas, y esforzadas pasiones, los de pequeño genio las tienen mas endebles, y los necios, é ignorantes casi no las tienen. El que no tiene las pasiones vivas, poco promete de sí mismo; pero feliz el que teniendo las vivas sabe refrenarlas, y domarlas para que sirvan solamente á las obras de virtud, y obedezcan á la recta razon, y que no sean como caballos sin freno, que los arrastren al precipicio. El temperamento, la educacion, y la costumbre pueden darnos, y acrecentar, ó disminuir la fuerza de estas internas conmociones; pero la razon es la que principalmente tiene por oficio el corregir, y poner orden en todo. Este es el grande estudio á que ordinariamente piensan poco, y se aplican menos los mas de los mortales, siendo el mas importante, y necesario que tiene el hombre para regular sabiamente el curso de la presente vida, y esperar á su tiempo otra mas feliz, y eterna. Ved como la ira precipita á algunos hasta hacerlos perder los amigos, la hacienda, y aun la propia vida. Otros dexan que una perversa envidia les coma, y despedace sus entrañas, y que haga lo mismo un odio permanente, y obstinado. Vemos á otros, que por un desarreglado amor sensual estan siempre como frenéticos, y fuera de sí: otros se dexan vencer de la tristeza, melancolía, y dolor: muchos hay á quienes arrebatá la intrepidez, el atrevimiento, el miedo, la alegría, &c. Es necesario el poner un buen freno al primer motor de estas pasiones, y afectos, que es nuestro amor propio, padre de todos nuestros viciosos apetitos, y consiguientemente de nuestras mismas pasiones. De este importantísimo punto trataremos mas abaxo, teniendo entre tanto por cierto, que el que sabe contener, y reprimir sus apetitos, y pasiones, que es en lo que consisten las virtudes principales del hombre, á este le servirán, y obedecerán, como siervos útiles. Pero antes que hablemos de esto, conviene el declarar qué es lo que pretendemos, ó deseamos en este mundo.

CA-

CAPITULO XXI.

Quál sea la felicidad que puede esperar el hombre en este mundo, y que esta propiamente debe colocarse en la tranquilidad del ánimo.

§. I.

SUpuesto que todos, por un impulso interno de la naturaleza, deseamos incesantemente ser bienaventurados, y felices, como ya lo tenemos insinuado, y lo repetiremos muchas veces: es necesario explicar ahora qué sea la felicidad á que podemos aspirar viviendo en la tierra. La felicidad una es perfecta, y otra imperfecta. Por la primera entendemos una exención, ó exclusion de todos los males, y un conjunto, y posesion de todos los bienes; de manera, que si faltase uno de estos, ó si se padeciese uno de aquellos, no puede llamarse con razon perfecta felicidad. Esta, pues, que los míseros mortales apenas llegamos á conocerla, quanto menos á gozarla, sabemos con todo que la Omnipotencia Divina puede disponerla, y formarla; y de hecho creó lo que nos asegura su santa Ley; esto es, que desde el principio del mundo la tiene preparada, y dispuesta en su Celestial Reyno, y la promete amorosa, y benignamente á qualquiera que en esta vida observe con fidelidad los preceptos de su santa Ley. Esta felicidad perfecta no puede conseguirla nuestra alma mientras durase la union con el cuerpo en esta vida. Con todo, despues que la misma naturaleza infundió en nosotros mismos nuestro amor propio, nos incita continuamente á desear este conjunto de bienes, y esta exención de todos los males. Aun quando sea muy considerable la porcion de bienes, así de fortuna, como de cuerpo, y alma, que nos pueda tocar acá abaxo en la tierra, nada nos aquietá, nada nos sacia. El fin de un deseo es principio de

otro: